

## "Creatividad e investigación"

por

Criticón (L.M.E.)

Publicado en Lunes 4'30, Valencia, N° 157, 2ª quincena - noviembre 1995, N° 157, p. 54; en Rev. del Notariado, N° 858, pág. 319; en Revista Jurídica del Perú (Trujillo) Año XLV, N° 1 (enero-marzo 1995), p. 189; y en Zeus, T. 67, D-29.

### Creatividad

Estas líneas tienen carácter anecdótico pero persiguen también como objetivo efectuar algunas reflexiones sobre la investigación, sus métodos, el derecho de cita y la forma de realizar esas citas en una obra jurídica.

Ocupémonos primero de lo anecdótico. Hace algún tiempo un excelente amigo y destacado civilista me solicitó participase en un seminario que debía organizar, pidiéndome tomase a mi cargo el tema "dominio de automotores"; mi primera respuesta fue negativa, en razón del exceso de tareas que me impone la función judicial, pero me desarmó diciéndome:

-El Seminario se realiza en la provincia de Neuquén y recuerdo haberte escuchado que jamás negabas tu colaboración en tareas que debiesen realizarse en la Patagonia.

Pensé para mis adentros: "el pez por la boca muere...", y debí aceptar la cordial invitación que me formulaban.

A mediados de julio me llamó por teléfono para recordarme el compromiso, y comunicarme que mi participación tendría lugar el 11 de agosto; le comenté que me había enterado de la reciente aparición de una obra sobre el tema y pensaba buscarla para ver qué novedades contenía.

El lunes 25 de julio, día infausto en el que falleció una joven profesora adjunta, discípula dilecta que efectuó su carrera docente en mi Cátedra de Obligaciones, luego de acompañar a su marido, su madre y sus pequeños hijos desde la Clínica hasta su casa, pasé por una Librería y solicité un ejemplar de la obra mencionada, pidiendo la cargasen en mi cuenta.

Uno de los socios de la Librería, que al mismo tiempo es editor y participa en la meritoria tarea de publicar "Foro de Córdoba", me propuso obsequiarme el libro, con la condición de que le hiciese un comentario. Acepté, sin vacilar, pues no solamente el tema me apasiona, sino porque consideraba un deber ponerme al tanto de todo lo escrito sobre lo que iba a ser motivo de mi charla.

Al llegar a mi casa, cansado y triste por la pérdida de una amiga y discípula, me senté a departir con mi esposa, en la cocina, con la mesa de por medio. Tenía todavía el libro en mis manos y, casi irreflexivamente, al azar, lo abrí en la página 190; mi vista cayó sobre el párrafo que se encuentra en la parte superior de esa página. Automáticamente recorrí las primeras palabras y debo confesar que me sentí algo sorprendido porque el texto que leía me resultaba familiar y evocaba en mi memoria algo que creía conocer muy bien.

Suspendí entonces el diálogo y pedí a mi esposa que me esperara un momento; me levanté, busqué un ejemplar de mi obra sobre "Dominio de automotores y Publicidad registral" y, con la ayuda de mi mujer, cotejé el párrafo con lo escrito en la página 143 de ese libro, verificando que había sido reproducido textualmente, sin cita ni mención alguna y, menos aún, el empleo de las comillas que corresponde colocar cuando se efectúan reproducciones textuales.

Confieso que en el primer momento me sentí algo indignado, pese a que mi esposa -que me conoce muy bien- afirma que en realidad estos episodios no me enojan sino que me divierten y que posiblemente mi molestia se debiese más bien a la comprobación de que no era el único que había sido reproducido sin citar, ya que al indagar algo más pude comprobar que en varias oportunidades el "autor" había procedido de la misma manera; a guisa de ejemplo mencionaré que en análoga situación encontré párrafos de Betti, Genovese, y del gran hipotecarista español, Ramón Ma. Roca Sastre.

En resumen, encontré fragmentos tomados textualmente de algunos de mis trabajos, sin entrecomillar ni efectuar ninguna mención de la fuente, que superaban en conjunto el millar de palabras, a lo que debían sumarse otros casos en que citaba autor, pero sin individualizar correctamente los textos, ni colocaba las comillas que exige el derecho de cita, aspecto al que me referiré más adelante.

Para concluir con lo anecdótico recordaré que un par de días después, el miércoles 27 de julio, viajé a Paraguay donde participé en un Congreso sobre Libertad de prensa, y tuve oportunidad de conocer a un talentoso periodista y abogado, Helio Vera, que acababa de publicar un pequeño libro, titulado "DICCIONARIO - Contrera" (ed. Colihue, Asunción, 1994), con definiciones en las que campea un ácido pero chispeante buen humor. Nos dice allí que creatividad es la "facultad que poseen pocos elegidos quienes, habiéndose dado cuenta de que no tienen el talento para crear, por lo menos demuestran coraje para copiar".

### Investigación.

Paso, pues, a las reflexiones sobre la tarea del investigador que, aunque posea alguna originalidad y pueda con su esfuerzo realizar aportes novedosos que enriquezcan la cultura de la humanidad, jamás podrá prescindir totalmente de los conocimientos que fueron adquiridos por quienes le han precedido en la ardua tarea de búsqueda de la verdad y el saber.

Pero, llegado el momento de concretar sus estudios en una obra, debe poner escrupuloso cuidado en señalar las fuentes en que ha abrevado, y si utiliza ideas o conceptos ajenos, deberá "citar" el autor y el trabajo. Atendiendo a esa realidad la ley consagra el "derecho de cita", que configura al mismo tiempo un "deber de cita", que encuentra su marco en imperativos tanto de tipo legal, como de carácter ético.

El catedrático argentino Isidro Satanowsky, en su obra "Derecho Intelectual" (Tea, Buenos Aires, 1954, 2 tomos), al referirse al derecho de cita nos decía: "... tres requisitos condicionan el ejercicio de su derecho: indicar el nombre del autor, hacer la cita entre comillas e incorporarla dentro de un texto personal" (T. I, 198-E, p.354), agregando a renglón seguido una previsión que estimamos no debe olvidar jamás el investigador:

"Las citas pueden constituir, si no la parte esencial de una obra, por lo menos la más interesante y multiplicarse hasta llegar a un aprovechamiento ilegítimo de la producción ajena. Es por eso que la ley ha previsto el caso determinando los límites dentro de los cuales debe mantenerse el que cita. La ley argentina (art. 10), fija

en un máximo de 1000 palabras, y la italiana (art. 22) tres páginas" (tomo y página citados).

Cuando he dictado cursos sobre "Metodología de la investigación", o dirigido tesis doctorales, he recordado siempre estas reglas a mis discípulos y en muchas oportunidades he debido rechazar trabajos, u ordenar que se los corrigiese, porque en ellos se violaban los principios que inspiran el derecho de cita recordándoles que -aunque no hubiesen procedido dolosamente- su conducta podía tornarse ilícita si rebasaba los límites objetivos impuestos por la ley o, en otros casos, configurar una falta ética al incurrir, por ejemplo, en desprolijidades inadmisibles en un trabajo de tesis doctoral.

Tan antiguo y reconocido por todos es el deber de colocar las citas entre comillas, que el Diccionario de la Real Academia, al referirse a las funciones que cumple ese signo, dice en la segunda acepción de la mencionada voz: "Signo ortográfico que se pone al principio y al fin de las frases incluidas como citas o ejemplos en impresos o manuscritos...".

Por su parte Satanowsky insiste: "Para que haya derecho de cita, y no plagio o reproducción parcial, es indispensable indicar el nombre del autor, hacer la cita entre comillas, incorporarla en un texto personal, que la cita no forme un todo completo, no constituya una obra distinta y no tenga un fin mercantil o de lucro. Debe ser un simple accesorio y estar a modo de explicación" (N° 480, T. II, p. 211).

Lamentablemente son muchas, casi diría excesivas, las oportunidades en que se menciona a pie de página un autor, pero se omiten en el cuerpo del trabajo las comillas que debieron usarse para indicar que se trata de reproducciones textuales. Es cierto que a veces se cambia un verbo o un adjetivo, se suprimen un par de palabras o se agrega alguna otra... Se trata de una forma solapada de engaño, que presenta como propio lo ajeno y crea la falsa apariencia de que hay una concordancia entre el pensamiento expuesto en el trabajo, y el que se encuentra en la obra citada, cuando en realidad lo único que se ha hecho es reproducir un pensamiento ajeno, como si fuese propio.

Todo esto me recuerda nuevamente el Diccionario Contrera, de Helio Vera, quien al referirse al "plagio" dice: "Copia, en todo

o en parte, de un texto ajeno sin mencionar la fuente. Si la copia es de varios textos debe ser llamada investigación".

De esta forma se publican con frecuencia libros voluminosos, cuyos "autores" tienen como mérito principal el haber recopilado ideas ajenas y haberlas presentado como si fuesen el producto de una investigación "original".

Creo, sin embargo, que a veces algunas partes de esas obras suelen ser propias de los "autores"; cuando tal cosa sucede resulta fácil individualizar los aportes "originales", pues las frases e ideas que no han sido tomadas de obras ajenas se distinguen por lo confuso de la redacción o los errores jurídicos que en ellas se deslizan (por no decir "horrores"), porque cuando estos "autores" carecen de una guía orientadora, vacilan, tropiezan e incurren fácilmente en errores o inexactitudes conceptuales.

Recuerdo que al comentar un cambio legislativo un crítico muy cáustico afirmó: "En esta ley hay cosas buenas y cosas nuevas; pero lo bueno no es nuevo, y lo nuevo no es bueno". Me imagino que si ese crítico leyera las obras a que aludo, modificaría ligeramente su frase y diría: "En el libro hay cosas buenas y cosas propias; pero lo bueno no es propio, y lo propio no es bueno".

Sin embargo no desespero, pese a mi espíritu de Crítico. En los cultores de nuestra ciencia también encontramos "creatividad" e "investigación", y lo más notable es que quienes practican con esfuerzo estas virtudes, lo hacen para satisfacer a su conciencia, sin buscar ni esperar ningún reconocimiento.